

CONVERSACIONES CON PAUL RICOEUR

Carlos Baliñas Fernández
Universidad de Santiago de Compostela

Resumen

El presente artículo comenta las conversaciones que mantuvo Paul Ricoeur con François Azouvi y Marc Launay. Un libro que nos permite descubrir la evolución de su pensamiento, así como la posición personal que tomó ante acontecimientos de su época.

Palabras clave: Hermenéutica, Paul Ricoeur, Biografía.

Abstract

The present article comments on the conversations that Paul Ricoeur, François Azouvi and Marc Launay maintained. It is a book that allows us to discover the evolution of his thoughts, as well as the standpoint that he took on events of his era.

Keywords: Hermeneutics, Paul Ricoeur, Biography.

Me propongo comentar las conversaciones que con Paul Ricoeur tuvieron François Azouvi y Marc Launay, recogidas en el libro *Crítica y convicción: Paul Ricoeur*, publicado en Francia en 1993 y traducido al español dos años después (Madrid, Síntesis, 1995). En la última etapa de su vida vino varias veces a Santiago de Compostela para participar en eventos académicos. La relativa pequeñez de la ciudad y la densidad de Facultades y centros culturales determinan que se vaya de un lugar a otro casi siempre a pie, lo que a su vez facilita la charla personalizada. Se podría decir que la ciudad toda es un claustro universitario. Por eso me parece que la imagen que tuvimos de él quienes le acompañamos en esas estancias puede contribuir en cierta medida a completar con algunos

Recibido: 23/09/07. Aceptado: 21/11/07.

matices la figura del filósofo tal como se presenta en esas conversaciones “oficiales”. Añadiré, por tanto, a las mencionadas Conversaciones un apéndice forzosamente “impresionista”.

Conversar con un “conversador”

Leer a un filósofo es siempre en alguna medida conversar con él. Las ciencias hablan acerca de lo que las cosas son “de suyo” ellas y eso lo dirá la experimentación. Por eso la lectura de un escrito científico puede reducirse a informarse. En cambio, los temas de que se ocupa la filosofía nos interpelan a todos y cada escrito es una visión personal. Fuera del que lee para informarse un poco de un autor desconocido o para superar un examen, raro será que el lector de un escrito filosófico no vaya opinando de lo que lee, preguntándose aunque sea de paso, si aquella proposición será verdadera, falsa o dudosa, y qué consecuencias se siguen de ella. Además, al libro vamos ya con unos juicios previos, que el libro nos obligará a nosotros a ratificar o rectificar.

Si leer a un filósofo es ya conversar con él, leer a un hermeneuta será conversar con alguien cuyos escritos son ya previamente conversaciones con otros. La filosofía se ha hecho en polémica de unos filósofos contra o, por lo menos, *versus* otros. Lo característico del hermeneuta es que, en lugar de polemizar, intenta comprender, lo que tratándose de escritos, equivale a interpretar. De ahí que, cuando se trata de un hermeneuta, convengan todavía más las conversaciones orales complementarias: proporcionarán ocasión de rellenar huecos inevitables de escrito a escrito: por qué eligió tales autores y no otros, por qué de uno pasó precisamente a tal otro, y temas así.

Paul Ricoeur fue —es— un hermeneuta en ejercicio y por antonomasia. Cuando se ocupa de un tema o autor, lo acomete entrando en conversación con otros que lo hayan hecho antes de él. Sus textos son, en su mayoría, diálogos con otros textos. Siendo así, conversar con él es conversar con alguien que, a lo largo de su larga vida, fue conversando con cuanta nueva idea llegaba a su conocimiento sin por eso dejar de estar en perpetua conversación con algunos clásicos (Aristóteles, San Agustín). Tanto es así que, si se le quiere clasificar con respecto a las polémicas y opciones clásicas entre doctrinas enfrentadas, no siempre es fácil saber por cual se decide y donde situarle. Por lo general, prefiere mantener la tensión entre ellas. Es un pensador elusivo, que se escapa de las respuestas tajantes. “Esto y también lo otro”.

Cuando se lee a P.R., si no conocemos de antemano cada libro que comenta es como si leyésemos un libro al que le faltasen páginas. Siendo así las entrevistas ayudan a rellenar huecos y aclarar transiciones.

Los entrevistadores de ese libro hacen un recorrido por la biografía del entrevistado, deteniéndose en la secuencia de escritos, aunque sin desdeñar preguntas más personales sobre su posición ante eventos de interés público. Intentaban darle oportunidad para manifestar opiniones sobre doctrinas, narrar experiencias personales, aclarar polémicas. En lugar de seguir el orden del libro, que es cronológico, preferiré ordenar el material por sectores y asuntos.

Posición religiosa y política

Ricoeur se confiesa creyente (cristiano protestante) y en estas conversaciones vuelve en varias ocasiones el recuerdo infantil y juvenil de sentirse pertenecer, por protestante, a una minoría. ¿Cuál era su posición sobre razón y fe?, le preguntan sus entrevistadores.

—“Siempre he intentado —estableciendo una especie de doble juramento de fidelidad— no confundir estas dos esferas, y hacer justicia al permanente juego de fuerzas entre ambas desde una bipolaridad bien entendida”(pág. 16).

No será un racionalista que batalla contra la religión, pero tampoco un filósofo cristiano porque dará como argumento creencias religiosas y ni siquiera intentará casar lo que le dicta la razón con lo que le obliga su fe. Se propuso, como nos dice, mantener la bipolaridad “bien entendida”. De hecho en Santiago comprobamos su afición a visitar la catedral y *estar* allí. Me decía que su confesión religiosa —era, creo, hugonote, calvinista francés— no le impedía participar en los actos religiosos de cualquier confesión cristiana.

¿Posición política? En su juventud se liga a las actividades de las juventudes socialistas. No le bastaba el mero evangelio de la caridad y el amor al prójimo. Consideraba necesaria cierta argumentación de tipo económico, por más que el marxismo poco le “dijese”. También en este punto evitó “un ejercicio de confusión entre ambos registros” (pág. 23). “El hecho de pertenecer al partido socialista implicaba también lidiar con los comunistas, lo que me hizo más fácil no ceder al entusiasmo de tantos intelectuales en relación con la *patria de los trabajadores*” (pág. 26).

En Francia en los Años Treinta, con la amenaza de segunda Guerra Mundial hubo una dura polémica entre partidarios de la militarización

y pacifistas. Él se inclinó por el pacifismo, aunque retrospectivamente reconocerá que fue un error muy perjudicial para su país. Ricoeur estaba haciendo un curso en Munich cuando, a punto de estallar la guerra, el cónsul de su país le aconseja que vuelva precipitadamente a Francia. Y quien era pacifista y con querencias anarco-sindicalistas es movilizado, lucha en el frente y, como oficial, tiene que rendirse con su sección ante el ejército alemán. Siguen cinco años de cautiverio en campo de prisioneros de guerra, no en campo de concentración, según hacía notar. No le tratarán mal como prisionero, pero cuando le liberen cerca del campo de Bergen-Belsen será testigo de la salida de los supervivientes del tal campo de concentración y quedará impresionado. No guardará, sin embargo, rencor hacia Alemania. Su primer destino como profesor universitario será en Estrasburgo, a fin de estar próximo a la patria de Goethe, de Schiller y, por supuesto, de Husserl.

– De los filósofos franceses ¿a cuáles se siente más cercano?

– “Gabriel Marcel es con diferencia la persona con quien he mantenido una relación más estrecha hasta su muerte en 1973” (pág. 39) “La personalidad de Mounier me conquistó ciertamente, no tanto sus ideas como él mismo” (Pág.38). Ricoeur tendría su casa en Chatenay, donde residieron otros “personalistas”, además de Mounier. Con estos antecedentes ya se comprende que sería el típico intelectual de la revista *Esprit*. Sartre o Foucault le quedarían muy distantes.

Temas y libros

Al término de la guerra publica su traducción al francés de *Ideen* de Husserl, escribe un libro sobre Jaspers y estudia a Heidegger. “El genio de Heidegger me impresionó por entonces más que el talento de Jaspers” (pág. 37).

La Fenomenología de la Percepción (Merleau-Ponty) le lleva a intentar completar la fenomenología en el sector de la voluntad (“lo voluntario y lo involuntario”). “Me he sentido siempre muy interesado por la idea de *falsación* (Popper) y me preguntaba qué era lo que ‘falsaba’ a la fenomenología. La fenomenología cuenta, desde luego, con *su otro*” (pág.47). El constatar la resistencia de “lo voluntario e involuntario” a dejarse racionalizar le llevará a Freud. Y de Freud, al cabo un hermeneuta del alma humana, volverá a la hermenéutica.

Aquí procede injertar un apunte a lo que en estas declaraciones se dice. La fenomenología pretendía una *epojé* de lo histórico, lo social y

lo psicológico a fin de ir “a las cosas mismas” (*Zu den Sachen selbst*). La Hermenéutica no recupera esto que ha sido desechado, pero sí el lenguaje, los mitos, los símbolos, el relato. “Donde mejor se conoce uno a sí mismo es delante del texto”. La autocomprensión de Heidegger es la vía corta; la hermenéutica, la “vía larga”, la que él preconiza. Esa será su aportación más característica a la filosofía.

“Finitud y culpabilidad” (Personalmente siempre me he preguntado por la razón de unir ambas cosas. ¿Somos culpables por finitos? ¿Finitos y además culpables?). La culpabilidad le lleva a estudiar el símbolo de la mancha. Lavar culpas, lavar manchas. Volverse limpio de culpa, limpio de mancha. En ese libro es donde incluye una frase muy citada: “El símbolo da qué pensar”, que atribuye a Kant. La verdad es que en el texto de la *Crítica de la razón pura* la expresión tiene menos énfasis, pero su frase hará fortuna como también aquella otra de “la filosofía de la sospecha” para Marx, Nietzsche y Freud.

Hasta él rara vez se había ocupado la filosofía de símbolos y esta segunda parte del libro sorprendió. La verdad sea dicha: leídas hoy, no me parecen las páginas mejores de P.R. La mayoría de las prescripciones del *Deuteronomio* sobre manchas de que purificarse no implican culpa; la culpa, si la hay, vendrá de resultas de no obedecer esas prescripciones. Los grandes mitos son relatos acerca del origen del mundo y la *travida*, acerca del bien y del mal, entre ellos del mal moral, donde entra la culpa. Muchas manchas de que habla el *Deuteronomio* nada tienen que ver con mitos. La culpa sobrevendría en todo caso por no cumplir tales preceptos.

El docente

P.R. es un filósofo de aula. El gran público poco sabe de él y si cierta franja de gente ajena a la Academia conoce su nombre, habrá sido por intermediarios. No ha sido persona de entrevistas, de ruidosas manifestaciones sobre asuntos políticos ni, en general, de “gestos”.

Profesor desde muy joven, primeramente de Enseñanza Media, él mismo reconoce que “mi trabajo filosófico ha estado ligado siempre a la enseñanza” (pág. 20).

Dentro de ese mundo docente hay un momento en su vida donde lo universitario se hizo acontecimiento público. Me refero a la revuelta de Mayo del 68. En aquel trance era decano de la Facultad de Letras de París-Nanterre, donde hubo graves desórdenes. Nadie supondría a nuestro

hombre codo con codo con líderes estudiantiles y metido de lleno en el batiburrillo de las asambleas, pero es lo cierto que él se puso de parte de los estudiantes en rebelión civil, lo que no ha de sorprender tanto si se tiene en cuenta su cierta antigua querencia o debilidad por el anarquismo y la comuna. La realidad había de imponerse y se impuso una vez más. Hubo tumulto, los consabidos exaltados arrojarían a la policía hasta máquinas de escribir y él previsora­mente presentó la dimisión antes de que fuese destituido. Cuando enjuicia lo sucedido retrospectivamente hace una confesión que le honra: reconoce que en toda relación social hay un aspecto horizontal (de igualdad) y una relación vertical (jerarquía) y que quizás él no se dio cuenta de que es inevitable la jerarquía.

– “Al analizar la fisiología de las instituciones, he podido darme cuenta y del mejor modo de los modos de esa especie de cuadratura del círculo propio de la política: el sueño imposible de combinar lo jerárquico y lo convivencial; considero a este aspecto el verdadero laberinto de la política” (pág. 60)

Estancia en los Estados Unidos

Desde 1954 imparte cursos en Universidades americanas sin dejar de cumplir sus deberes docentes en su país. Llegó llamado por una institución académica de los cuáqueros y de ahí pasó a la Universidad de Chicago. “El departamento de filosofía no era demasiado acogedor para el tipo de filosofía que yo encarnaba; la mayoría de los docentes se dedicaba sólo a la lógica, como representantes del positivismo lógico. Yo era algo así como la oveja negra” (Pág. 72). Pero en Norteamérica encuentra el tipo de alumno que a él le agradaba y evocará aquel período con nostalgia.

– “En Estados Unidos aprendí a dirigir un seminario. Gracias al modelo americano pude resistirme en todo momento a esa tendencia de los centros de investigación franceses que se convierten en fábricas de conferencias” (Pág. 187).

Los entrevistadores le interrogan acerca de su juicio en una controversia peculiar de nuestro tiempo. Las tensiones que en Europa se manifiestan como nacionalismos versus globalización igualitaria (universalismo le llama nuestro hombre) se manifiesta en los Estados Unidos como reivindicación de identidad de los distintos grupos étnicos, así como de grupos de feministas, homosexuales, etc. que les lleva a opinar que, por ejemplo, sólo las mujeres puedan dirigir estudios sobre la mujer o los negros estudios sobre negros conforme a la llamada *political correctness*.

Sin embargo, no deja de advertir que eso le parece más bien propio de los campus que en los Estados Unidos representan un archipiélago separado de la sociedad civil. En ésta, la fuerza del tejido asociativo neutraliza la *corrección política*.

– “El término *reconocimiento* me parece mucho más relevante que el de *identidad*. En la noción de identidad está solamente la idea de lo mismo, mientras que el *reconocimiento* supone un concepto que integra directamente la alteridad, permitiendo la dialéctica de lo mismo y de lo otro” (Pág. 87).

Hermeneuta que busca siempre otro autor en quien apoyarse, en este punto invoca la doctrina de Kant (*La paz perpetua*) sobre la “universal hospitalidad”. Dado que el planeta es finito, razona Kant, nadie tiene derecho a considerar suyo un territorio (la “tierra prometida”). Esta “universal hospitalidad” no afecta a la soberanía, pero excluye la xenofobia.

El lector desearía saber cómo se traduciría eso a términos de legislación positiva. Las leyes nazis de Nuremberg (1936) permitían a los judíos *residir* en Alemania, pero sin ser ciudadanos.

De tema en tema

A lo largo de su larga vida, Ricoeur tocó muchos temas, pero no por “mariposeo” para estar *à la page*.

– “Cada libro está determinado por un problema fragmentario (...) Tras haber terminado un trabajo, veo que me enfrento a algo que se me escapa, que huye de su órbita, que deviene para mi obsesivo y que se constituye en próximo tema a tratar” (pág. 114)

Del símbolo, a la metáfora. En *La metáfora viva* (Paris, Ed. du Seuil, 1975) presenta, con una erudición impresionante, una historia de la metáfora considerada como asunto de la Retórica para terminar proponiendo que la metáfora no debe ser vinculada a la palabra ni a la frase, sino al discurso; es “discurso concentrado” y asunto de hermenéutica. Eso había de llevarle en el capítulo final a abordar la metáfora filosófica en relación con el concepto metafísico. ¿Con quién nos quedamos: con Nietzsche o con Hegel? Ricoeur no pasa de una respuesta de compromiso: en la metáfora filosófica ocurre una “emergencia”. Palabra que es, ella misma, una metáfora.

El libro surgió de la toma de contacto con el estructuralismo y busca completar un aspecto de *Finitud y culpabilidad*. “Yo me preguntaba si existía alguna estructura del lenguaje mejor estudiada, mejor conocida, que

el símbolo, concepto vago y bueno para todo, desde el símbolo químico al símbolo de la monarquía”. (Me preguntaba) “si no sería posible verter en una especie de receptáculo retórico la difusa problemática del símbolo, semantizándola fuertemente”. “De hecho (el libro) es una teoría semántica del símbolo” (pág. 115)

Del estructuralismo aceptará las técnicas estructurales para el análisis del texto, pero no la filosofía estructuralista porque elimina al sujeto. “Trascendentalismo (kantismo) sin sujeto trascendental” (pág. 109), expresión que recuerda otra de Levi-Straus.

Tiempo y narración (1983-1985) pone en ejecución aquello de que es delante del texto donde uno se conoce mejor. P.R. se lanza a reflexionar sobre el relato (histórico o de ficción) que nos devuelve la realidad reconfigurada.

Se podría decir que *Si mismo como otro* (1990) trata de responder a una sola pregunta: ¿Quién? Y distinguirá entre identidad *idem* (la mismidad) e identidad *ipse*. La primera viene dada por el código genético, el carácter, etc. La segunda se manifiesta singularmente en la promesa, donde uno se compromete a algo con alguien a pesar de los inevitables cambios (pág. 126). (Y si no la cumple, faltará a la *ipseidad*, será infiel a *sí mismo*.) A un lector español puede recordarle las reflexiones de nuestro filósofo Manuel García Morente sobre ser “el mismo y no lo mismo”.

Casi siempre que P.R. trata un tema lo hace en función y en debate con un libro ajeno. Nadie se imagina a nuestro autor a no ser con un libro en la mano. Y, sin embargo, hay autores muy conocidos a los que, sorprendentemente, nunca cita. Lo justifica así:

– “En general no suelo hablar más que de aquellos autores a cuyo lado puedo caminar durante un largo trecho y poder decir luego que separarme de ellos me resulta difícil”. “Con quienes no mantengo esta relación de productiva conflictividad no hablo. Esto es lo que explica algunos de mis silencios, que no supone ignorancia, desprecio ni hostilidad” (pág. 113).

En los últimos años P. R. andaba a vueltas con el tema de la responsabilidad y la memoria colectiva, pero estas *Conversaciones* se cierran con reflexiones sobre estética, de las cuales entresaco una reflexión que conecta estética con ética.

– “Sería necesario ocuparse en este punto de la belleza propia de la grandeza del alma: puede encontrarse, a mi juicio, una belleza particular en aquellos actos que admiramos desde un punto de vista ético. Estoy pensando en especial en los testimonios sobre vidas ejemplares, vidas sencillas pero que, por medio de una especie de cortocircuito, dan

testimonio de lo absoluto, de lo esencial, sin que les sea preciso pasar por los interminables pasos previos de nuestros laboriosos procesos de superación; obsérvese la belleza de ciertos rostros devotos o, como suele decirse, santificados” (Pág. 247).

La imagen de la persona que de estas conversaciones sale es la de un pensador que prosigue su propia temática de obra a obra, reflexiona a estímulo de escritos ajenos, plantea sutilmente las cuestiones, emite juicios ponderados, y elude respuestas tajantes.

Estas Conversaciones completan la autobiografía intelectual que él mismo publicó con el título *Réflexion faite* (Paris, Esprit, 1995).

Conversaciones en Santiago

El año 1987 la Facultad de Filosofía de Granada había dedicado unas jornadas de estudio a su obra y él iba respondiendo a las distintas interpretaciones que se hacían de sus escritos. El Prof. Pedro Cerezo había tenido la gentileza de invitarme. Al terminar las jornadas, me acerqué a saludar al filósofo y le invité a venir a Santiago. Ya que debía detenerse unos días en Madrid, ¿por qué, antes de regresar a París, no venía a pronunciar una conferencia en Santiago? Le mencioné los vínculos seculares de los franceses con Santiago de Compostela: el Camino Francés, el llamado “arte de la peregrinación” con expresiones conocidas en Tours y Moissac, aquella despedida tradicional a los peregrinos que desde la iglesia de Santiago en París partían para Galicia: *prier pour nous* (“rezad por nosotros”)...

Dicho y hecho... ¡en intención!, porque la realización iba a ser azarosa. Organizamos el acto bajo el título: *Paul Ricoeur, presencia y homenaje*” en el Aula de Cultura de la Caixa Galicia que lo financiaba. Pero las cosas se complicaron.

Era el mes de diciembre y el día programado el aeropuerto de Barajas estaba cerrado por nieve y no se sabía cuando saldría el avión a Santiago si es que salía. El acto tuvo que comenzar, pues, sin él: homenaje sin presencia. A medio acto, se produjo un revuelo de periodistas y fotógrafos y apareció en el escenario del Aula de Cultura de Caixa Galicia un Paul Ricoeur, sonriente y todavía maduramente juvenil, saludando como un cantante saluda al público que le espera. Terminada la conferencia, comimos con él los profesores del Departamento de Filosofía y Antropología Social. En esta primera visita le acompañaba su esposa y, si a su marido

no se le encontraba en la habitación del hotel, ya se sabía donde buscarle: en la catedral.

Marcelino Agís, en aquellas datas un joven licenciado en Filosofía, mantuvo una breve entrevista con él en el Hostal de los Reyes Católicos y ahí se inició una relación académica que se haría profunda amistad. El filósofo ya maduro hallaría en él un discípulo “de segunda generación”, un “nieto” devoto. En 1989 Agís estaría dos meses en París para estudiar su obra a su lado. Al año siguiente el filósofo le consiguió una beca de estudios para trasladarse con él a Chicago, donde pronunciaría el último de los cursos que desde hacía décadas impartía en dicha Universidad. La estancia duraría el trimestre de primavera. Terminada su tesis realizada bajo mi dirección, el propio Ricoeur vendría a Santiago el día 23 de septiembre de 1992 a presidir el tribunal que debía juzgarla. Constituiría el núcleo de un libro ulterior titulado *Del símbolo a la metáfora. Introducción a la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur*. Formaron el tribunal, junto con el propio Ricoeur, los Profesores Darío Villanueva, Andrés Torres Queiruga, Manuel Maceiras y Andrés Ortiz-Osés. Por la tarde lo llevamos de excursión por las Rías Bajas. Las fotos le recuerdan con una flor en el ojal de la chaqueta —una flor azul de hibisco siríaco, procedente del jardín de mi casa— admirando aquellos bellos paisajes donde mar y tierra juegan al escondite. El año 1996 estampa su firma entre los promotores de la Sociedad Interuniversitaria de Filosofía (SIFA), de la cual sería Presidente Honorario.

En varias ocasiones pronunció la conferencia inaugural de los “Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago”, que organiza dicha sociedad y vienen celebrándose bianualmente desde el año 1993 con sesiones también en Pontevedra y A Coruña. Quizás el Prof. Luis Rodríguez Camarero recuerde la vez que viajamos los tres en mi coche desde La Coruña al aeropuerto de Lavacolla a toda velocidad, porque la amena conversación de sobremesa nos había hecho olvidarnos de mirar el reloj y él debía partir inexcusablemente para París donde cuidaba a su esposa, gravemente enferma.

Ya delicado de salud todavía aceptó venir a pronunciar la lección inaugural de los Encuentros del año 2003, una de sus últimas actuaciones públicas. Fue precisamente al término de un almuerzo con un grupo de discípulos y admiradores el día de la clausura, cuando pronunció unas palabras que pueden considerarse su testamento filosófico. Lástima que, por imprevistas, nadie tuviese allí un magnetófono para recogerlas. Tras hacer un somero recorrido por su tarea de pensador, terminó: *Maintenant seulment reste partir*. Y partiría efectivamente el 20 de mayo de 2005.

Le mostré varias veces la ciudad, solos los dos o con otros amigos. Sin embargo, rara vez nuestras conversaciones versaron sobre temas filosóficos y ello por varios motivos. Primero, porque esos encuentros ocurrían en días de apretada actividad académica y no sería cosa de fatigarle más en los momentos de asueto, siendo así que tanto le interesaba contemplar monumentos y paisajes. Segundo, porque me inhibía el respeto. El tenía ya sus convicciones fijadas y escritas, y yo no conocía suficientemente todos sus escritos como para que no pudiera desagradarle constatar mi desconocimiento de algunos. Y tercero, *last but not least*, porque él no entendía más que medianamente la lengua castellana y, mi nivel de conversación en la lengua francesa tampoco daba para expresarme con la precisión y los matices necesarios en filosofía. Filosóficamente fuimos, pues, dos barcos, aunque de muy distinto calado, que se cruzan en la noche y se saludan con unos destellos.

En cambio, tuve ocasión de escuchar confidencias sobre asuntos personales y de vislumbrar al hombre que está detrás del filósofo según aquello de “cual el hombre, tal su filosofía” (Fichte). Era persona delicada en el trato, afectuoso dentro de su “dominio de los afectos”, modesto y afable con todos. Si se le incitaba a opinar de un asunto, no pasaba a hacer frases ni *boutades*. Lo desmenuzaba, analizaba los diversos aspectos y daba una opinión razonable sin la mínima concesión al mero *epater le bourgeois*.

Se interesaba por todo y uno de los últimos viajes de regreso a París lo hizo con parada en Bilbao para detenerse a ver el famoso Museo Guggenheim.

Un dato curioso que no dejaba de sorprender en persona tan “espiritual” y ya de edad avanzada era su excelente apetito. Quienes un día a eso de las ocho de la tarde compartimos con él en una tasca de la “rúa” del Franco unas raciones de pulpo más otros alimentos propios del caso quedamos sorprendidos al comprobar que, a las diez de la noche, cenaba tranquilamente con los demás participantes en el Simposio.

El gremio filosófico gallego no dejó de corresponder a la simpatía y atenciones que con nosotros tuvo. En Febrero de 1996 fue investido Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Santiago a propuesta del Departamento de Filosofía. El Simposio “Hermenéutica y Responsabilidad”, celebrado el año 2003, le estuvo dedicado y las Actas recogen también trabajos de especialistas portugueses acerca de su obra.

Después de su muerte, el Prof. Agís y yo participamos en un homenaje organizado en la ciudad portuguesa de Évora en noviembre de 2005 y organizamos un modesto homenaje de recuerdo en Santiago al cumplirse

el primer aniversario de su muerte. Tuve el honor de hacer la *laudatio* para la concesión del Doctorado Honoris Causa y tengo que agradecerle el honor de haber enviado sendas colaboraciones a dos libros de homenaje que me fueron dedicados y no menos el regalo de su amistad.

Se ha ido de este mundo, pero con nosotros queda su obra y lo mucho de personal que hay en una producción tan ligada al diálogo.